

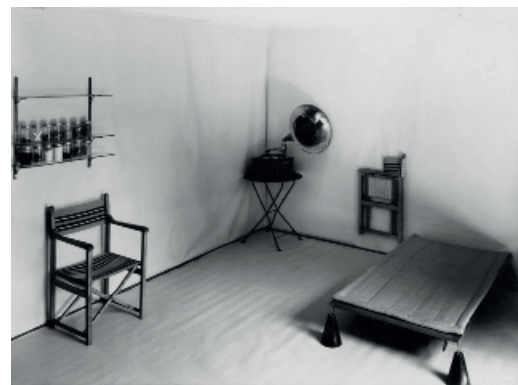
2 La fotografía del montaje de Hannes Meyer representa una habitación. No una habitación cualquiera sino la idea de una habitación; la idea de un espacio por habitar. Es un espacio construido y blanco; una habitación neutra que aunque se encuentre amueblada, es un espacio por terminar. La mesa y silla plegables, junto con la ligereza de la cama, ayudan a transmitir la idea de que los elementos móviles ofrecen un sinfín de alternativas para la configuración del espacio. Elementos, todos ellos representativos de la producción en masa, asequibles para el pueblo y destinados a optimizar el espacio; construcción de una sencillez aplastante que espera al habitante para ser completada.

El espacio no se llena por los elementos que aparecen sino porque Meyer deja el espacio abierto a las múltiples configuraciones imaginadas por el lector. Cada observador se puede imaginar en ese espacio de múltiples maneras: durmiendo, escuchando el gramófono, conversando con otra persona sentados en las sillas, comiendo en la mesa, haciendo ejercicio o simplemente viendo a través de la ventana que no sale en la fotografía pero que sabemos que está ahí porque es fuente de luz. El lugar no importa, las vistas tampoco; podría ser cualquier coordenada del mundo, a cualquier altura. Es, en definitiva, una arquitectura democrática que representa el espacio doméstico moderno, panhumano y atemporal. Un espacio intercultural sin ningún lujo y, por lo tanto, al alcance de todos; un espacio privado para el individuo en cooperación con las masas.

Esta fotografía de Meyer acompaña a su artículo 'Die Neue Welt' (El nuevo mundo'), publicado en el número 7 de Das Werken julio de 1926 . Noventa años más tarde esa idea de habitación, construida con tan sólo dos paneles móviles, sigue siendo absolutamente moderna y de una contemporaneidad indiscutible.

Exactamente noventa años más tarde, Donald Trump gana, democráticamente, las elecciones para presidente de los Estados Unidos de América y su concepto de habitación es

3.a >



distinto. Es una habitación única, con nombres y apellidos, que se sitúa a 40°45'43.9"Norte, 73°58'26.9"Oeste, planta 66 en la ciudad de Nueva York. La habitación desprende aires de egocentrismo Real bañado en oro. Todo está perfectamente situado y colocado para realizar rutinas diarias y nada más. Es la composición de un espacio inflexible con un mobiliario relamido y sobrecargado que resultaría imposible de mover para modificar la configuración del espacio. Un espacio pesado aun estando en lo más alto; un espacio en el fondo vacío y anti-contemporáneo. Nada de lo que aparece en la fotografía podría llegar a definir a un hombre moderno del siglo XXI, y mucho menos al presidente de un país

01. Donald Trump
02. Hannes Meyer

democrático; la delgadez y liviandad del ordenador portátil, dada la oportunidad, cometerían suicidio de inmediato.

Es el horror vacui de un espacio fuera del alcance de las masas, una habitación totalitaria llena de un lujo obsceno que únicamente representa a aquel que se puede permitir económicamente el trabajo de un artesano. Produce rechazo no porque sea feo, kitsch u hortera sino porque es antidemocrático: es un espacio privado compuesto a medida del propietario que representa la calidad cultural y cantidad de civilización que posee. Efectivamente, no se trata de una cuestión de gusto; del gusto hay mucho escrito y este propietario no parece haber leído nada al respecto. Es una cuestión de relleno estético para un vacío ideológico. Es el espacio perfecto para confundir al observador, deslumbrar con el oro relamido de la última voluta y anular su capacidad crítica e imaginativa con el único objetivo de camuflar las obscenidades políticas de los fantasmas del nacionalismo norteamericano más casposo, al más puro estilo Rey Sol.

Efectivamente es un espacio kitsch y hortera así como el resto de espacios del apartamento. Y no, no se emite este juicio desde la subjetividad de una opinión sobre el gusto. Se emite desde la delgada línea donde el arquitecto distingue entre la modernidad y lo historicista, entre la razón y el romanticismo, entre lo bueno y lo malo. Hemingway decía que había que tener un detector de mierda. Por supuesto, todos tenemos este detector aunque algunos lo tienen más sucio que otros.

Nuestro detector ve un saloncito decorado estilo imperio; esto no es otra cosa que la antesala del infierno.

Translation_ _ _ _

The picture of the set-up by Hannes Meyer represents a room. Not any room, but the idea of a room, the idea of a space to be inhabited. It's a built-up and white space, a neutral room that, although furnished, it's a space yet to be finished up. The foldable table and chairs, together with the bed's lightness, help to transmit the idea that the mobile elements offer endless alternatives for the space configuration. Elements, all of them representative of the mass production, affordable for the people and destined to optimize the space – structure of an overwhelming simplicity that is waiting for its inhabitant to be completed. The space is not full because of the elements, but because Meyer leaves the space opened up to the multiple configurations imagined by the reader. Each viewer can imagine himself in this space in multiple ways: sleeping, listening to the gramophone, talking to other person while sitting on the chairs, having lunch at the table, making exercise or just looking through the window that is not on the picture but that we know is there because it's a light source. The place doesn't matter, neither does the view – it could be any coordinate in the world, at any height. It is, in short, a democratic architecture representing the modern, panhuman and timeless domestic space. An intercultural space without any luxury and, therefore, at everyone's reach – a private space for the individual in cooperation with the mass. This picture by Meyer appears together with his article "Die Neue Welt" (The new world) published in the issue 7 of Das Werk in July 1926. Ninety years later, this idea of room, built using just two mobile panels, is still absolutely modern and of an undeniable contemporaneity.

Exactly ninety years later, Donald Trump wins, democratically, the elections to president of the United States of America and his concept of room is different. It is an only room, with names and surnames, located at 40°45'43.9"North, 73°58'26.9"West, 66° floor, in the city of New York. The room emits airs of Royal egocentrism plated in gold. Everything is perfectly placed in order to perform daily routines and anything else. It's the composition of a rigid space with affected and overloaded furniture that would be impossible to move in order to modify the configuration of the space. A heavy space, despite being at the top – at heart, it's an empty and anti-contemporary space. Nothing showed in the picture could define a 21st century modern man, never mind the president of a democratic country. The thinness and lightness of the laptop, given the opportunity would immediately commit suicide. It is the horror vacui of a space out of reach for the mass, a totalitarian room full of obscene luxury that only represents those who can economically afford the work of an artisan. It causes rejection not for being ugly, kitsch or tacky, but because it is antidemocratic: it's a private space made to its owner's measure representing the cultural quality and the level of civilization he has. Indeed, it's not a matter of taste – there's a lot written about taste and this owner seems not to have read anything about it. It's a matter of aesthetical stuffing for an ideological emptiness. It's the perfect space to get the viewer wrong, to dazzle them with the affected golden of the very last volute and to overshadow their critical and imaginative capacity with the only purpose to hide the political obscenities of the ghosts of the mustiest old American nationalism, in the most genuine King Sun style. It is indeed a kitsch and tacky space, the same as every other room in the apartment. And this judgement is not made from the subjectivity of an opinion about taste. It is made from the thin line where the architect tells apart modernity from historicism, reason from romanticism, good from bad. Hemingway said that everybody should have a shit detector. Of course we all have that detector, although some people's is dirtier than other's. Our detector sees an empire-styled modest living room – and this is anything but the entrance hall to Hell.

^
2